

Diez años después:

El espejismo de Mayo-68

*«Una salus victis nullam sperare salutem»
(Virgilio, verso 354 del Canto Segundo de la «Eneida»)*

Juan Aranzadi

NO hay cretino menor de 40 años que no se sienta hoy obligado a incorporar Mayo del 68 a su «*ridiculum vitae*».

La sonrojante presentación que de la última «vedette» filosófica francesa, B. H. Lévy, hizo recientemente en el Instituto Francés el agregado cultural de la embajada, en la que junto a sus muchas matrículas y triunfos en difíciles oposiciones resaltó que «había hecho el Mayo» como uno de sus más destacados méritos, puso de relieve hasta qué punto aquel mitificado mes ha sido digerido, domesticado, reconstruido y quizá inventado por la Historia. Manoseado por los «mass media», rumiado, regurgitado, vomitado y

vuelto a ingerir por analistas, intelectuales, filósofos y periodistas; magnificado, mixtificado, ideologizado y deformado por apologetas de la revolución y profetas de la liberación; convertido en privilegiado fetiche de una generación ilusa, ¿quién puede diferenciar ya lo que verdaderamente fue de lo que le ha hecho llegar a ser un Discurso que no cesa?

Espejo en el que se miran y al que remiten todos los acontecimientos e ideas contemporáneas, ha terminado por parecer un espejismo, ¿sabe Dios si hubo alguna vez un Mayo del 68!

Juzguemos de aquellos polvos por estos lodos.



No hay cretino menor de 40 años que no se sienta hoy obligado a incorporar Mayo del 68 a su «ridiculum vitae».

TODO EMPEZO EN EL SINAI

«Sed realistas, pedid lo imposible». La famosa consigna del Mayo, tan paradójicamente autoritaria y alienante, por imperativa e implorante («sed»... «pedid») proviene en línea recta del Deuteronomio (26, 5-9): «Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Clamamos entonces a Yahvéh... y escuchó nuestra voz... nos sacó de Egipto con mano fuerte».

Promesa de una tierra «que mana leche y miel», Alianza de Dios con Israel que garantiza el cumplimiento de la promesa, degradación de la primitiva comunidad tribal orientada por el profeta en monarquía teocrática infiel a la tradición, **oposición profética** a la monarquía en nombre de la pureza yahvista; a lo largo de este proceso se va gestando el nacimiento de la es-

peranza mesiánica en la futura aparición del Ungido que establecerá el Reino de Dios en la Tierra.

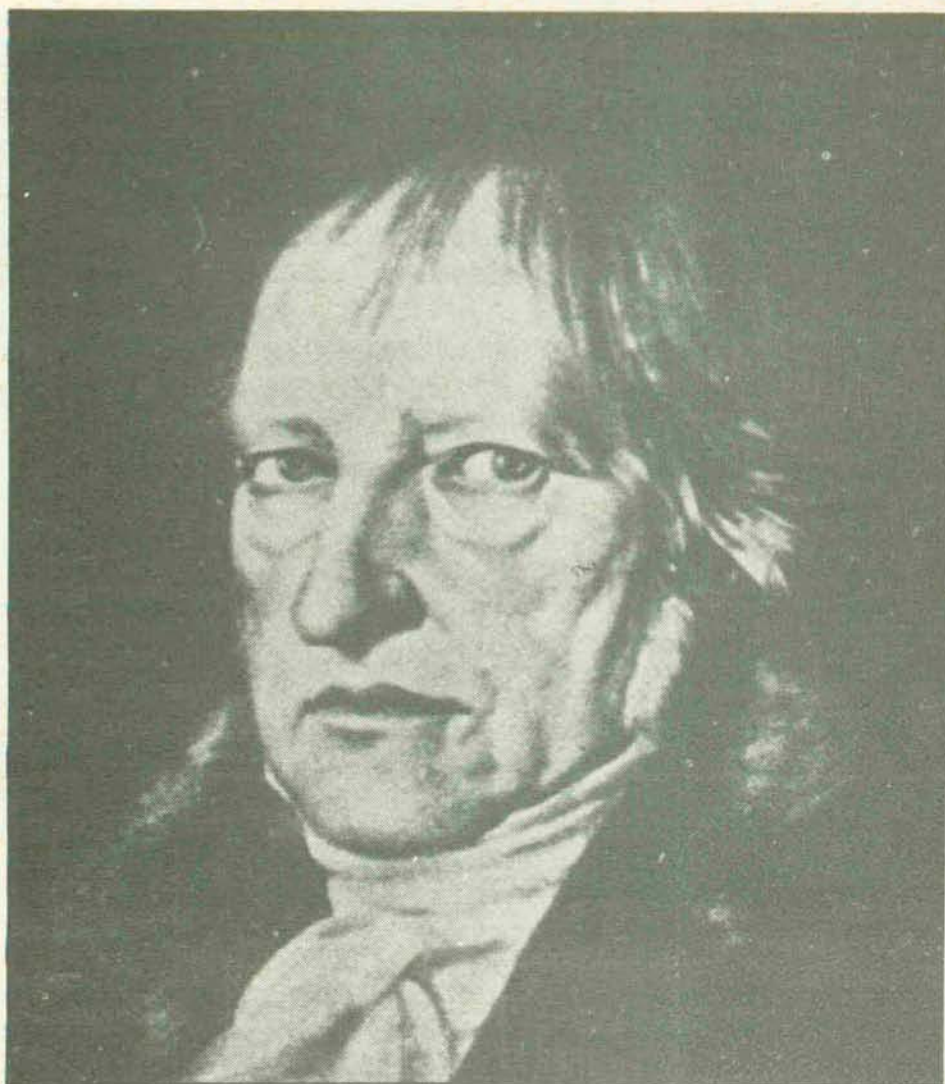
El Mesías vino y fue crucificado. La promesa profética no fue cumplida.

Y los fieles se dividieron. Entre quienes la esperanza era fuerte se fraguó la creencia de una pronta **Segunda Venida**, esta vez triunfal. Para quienes la desilusión y la incredulidad amenazaban se produjo la inflexión ideológica paulina que transformó el primitivo cristianismo mesiánico-popular y teocrático-nacionalista en una soteriología espiritualista e interiorizante que integraba la moral helenista y las vivencias místicas de las religiones místicas en el legado hebreo.

Nació la Iglesia para administrar la Salvación con su clero, su burocracia, sus jerarquías, su «canon» y su Credo. Pero hubo quienes se negaron a

posponer su salvación para el Más Allá y pugnaron por establecer el Paraíso en la Tierra. (La savia nutricia de las insurrecciones campesinas de finales de la Edad Media que culminan en la «teología revolucionaria» de Th. Münzer y constituyen los orígenes del movimiento comunista y revolucionario moderno, no es otra que el componente mesiánico-popular del cristianismo.)

No hace falta mucha imaginación para encontrar equivalentes actuales a este conjunto de acontecimientos conformadores de un ciclo que parece destinado a repetirse eternamente: promesa y esperanza de que «bajo los adoquines están las playas», garantía «científica» del inevitable triunfo final del socialismo, degeneración de la revolución triunfante, surgimiento de heterodoxias proféticas contra los «traidores» a la Revolución, renovación de



Schlesinger: G. W. F. Hegel.

Todo el pensamiento político de Occidente no constituye sino el intento de encontrar una fórmula de reconciliación del individuo con la colectividad. Hegel constituye el obligado punto de referencia en este problema.

la esperanza, fracaso del nuevo intento revolucionario, insistencia machacona de los unos y abandono «individualista-trascendental» de los otros, etcétera.

Del Sinaí a Mayo del 68, la inequívoca genealogía judeo-cristiana de la Revolución obliga a buscar la clave de entendimiento de Mayo y del post-Mayo en la historia de la Religión y más concretamente del cristianismo.

DIOS, EL ESTADO Y EL PROLETARIADO

Aunque atribuyéndole diferente significación al hecho,

Rousseau, Hegel, Feuerbach y Marx coinciden en atribuir al advenimiento del cristianismo la irrupción en la historia de la subjetividad humana libre e independiente, así como el reconocimiento de la igualdad y universalidad de la naturaleza humana. Tal proceso presenta un doble aspecto: la disolución de la comunidad étnico-tribal (basada en relaciones particulares pero reales, terrestres, puramente humanas, y en la que el hombre no tenía otra esencia que como miembro de su **Polis**) y el surgimiento de una sociedad universal en la que el individuo está ligado a todo el género humano a través de

una entidad ideal, Dios, mientras experimenta en su particular sociedad terrestre una disociación atomista basada en la concurrencia.

Todo el pensamiento político de Occidente no constituye sino el intento de encontrar una **fórmula de reconciliación del individuo con la colectividad**. Hegel constituye el obligado punto de referencia en este problema, pues en él se sintetizan todas las soluciones anteriores y a él se oponen todas las posteriores, sin superar en ningún caso los términos en que él lo plantea. El punto de partida es para Hegel la ruptura de la «ética sustancial» del mundo antiguo, tras la que surge la antítesis entre subjetividad y objetividad, encontrándose desde entonces el «mundo secular» y el «mundo espiritual» en conflicto. La tarea de la historia del mundo es entonces superar esta antítesis y recomponer los extremos en una unidad: el Estado moderno debe poder reconciliar el principio de la polis (el organismo o universalidad sustancial) con el principio de la singularidad y de la libertad subjetiva aportado al mundo por el cristianismo. El criterio en que debe inspirarse para Hegel esta conciliación es **Cristo**, en tanto que Dios hecho hombre, Logos infinito venido «aquí abajo». Pero el cristianismo es sólo el **principio** de esta conciliación, mas no la conciliación misma realizada, debiendo en consecuencia dicho principio penetrar la realidad entera. Es este proceso lo que Hegel presenta como relación entre religión y Estado. El **fundamento** del Estado es la religión, en la medida que la religión es la «voluntad divina» misma: lo que significa que el fundamento del «aquí-abajo» está en el «más allá». Por otra parte, el «más allá», que es la voluntad di-

vina contenida en la religión, encuentra en el Estado y los aparatos en que se articula, su «aquí-abajo», es decir su existencia y su encarnación terrestre.

He aquí la auténtica Segunda Venida del Mesías, la segunda Encarnación de Dios, la metamorfosis del Hijo de Dios en Estado, la **Revolución** como manifestación terrestre de la **Redención**.

Nada cambia el invertir el redondo sistema hegeliano como Marx. La crítica de la alienación en el Estado como consecuencias de las contradicciones producidas por la propiedad privada en la sociedad civil no produce más que un desplazamiento de la instancia a la que se asigna la «recomposición del mundo de la eticidad», la reconciliación de individuo y comunidad: la función que en Hegel cumplía el Estado la cumple en Marx el Proletariado, esbozo y origen de una sociedad en que, abolida la propiedad privada, se registra ya «homogeneidad de los fines». El Proletariado se revela como Vocación de Estado. Poco importa invertir las relaciones entre Sujeto y Predicado, cuando el nuevo Sujeto se revela a su vez como Predicado.

Revolución, Liberación, Salvación; nombres todos de la cristiana Redención.

Este es el universo que Mayo-68 hizo estallar aunque sólo fuera para dejar paso a su reproducción disfrazada.

Pues todo induce a pensar que contra la optimista y esperanzada exclamación nietzscheana, Dios ni ha muerto ni agoniza, sino que goza de buena salud: allí donde retrocede como Padre comparece como Hijo Redentor, y el Espíritu Santo no está ausente cuando a ambos se rechaza. Hoy son multitud los «cristianos anónimos» engañados por

los trucos de la Trinidad. A pesar de todas las revoluciones y de Mayo-68, la situación hoy es la misma que el cristianismo inauguró: el individuo frente a Dios. Sólo las máscaras han cambiado.

LA «IDEOLOGIA» SITUACIONISTA

Especialmente reveladora resulta la suerte corrida tras Mayo por la Internacional Situacionista, la máxima expresión teórica de lo que aquel estallido aportó de nuevo y la más acabada, «moderna» y atractiva presentación del Mito de la Revolución.

«En el marco de un mundo que no ha sido esencialmente transformado, el surrealismo ha triunfado. Este triunfo se vuelve contra el surrealismo, que sólo esperaba algo de la inversión del orden social

dominante». Cuando, allá por 1958, los situacionistas comenzaban así el primer número de su revista, no sospechaban hasta qué punto estaban jugando su propia suerte futura. La revolución de la vida cotidiana, la crítica del urbanismo totalitario, el intento de «dépassement» del arte como única forma de suprimirlo y realizarlo a un tiempo, el rechazo de toda separación alienante, la lucha contra todas las hipótesis representativas y burocráticas del proletariado, el reclamo de la autogestión generalizada, etc.; todos los diversos aspectos del **proyecto unitario situacionista** de una colectividad libre basada en la armonía de las pasiones y el despliegue sin compulsiones de nuestros variopintos deseos han sufrido tras Mayo-68 un proceso de desmigamiento, recorte y trivialización que los



La función que en Hegel cumplía el Estado la cumple en Marx el Proletariado, esbozo y origen de una sociedad en que, abolida la propiedad privada, se registra ya «homogeneidad de los fines» (El Colegio de España en París, durante la ocupación de Mayo del 68).

han convertido en manidos tópicos progresistas, en meros clichés de reconocimiento ideológico, en temas de moda para escritores sin imaginación, en retórica embellecedora de los aburridos programas de partidos políticos.

El capítulo de «La Sociedad del Espectáculo» en que Debord analiza al proletariado como sujeto y como representación, pasando revista a los sucesivos fracasos del movimiento obrero y a la génesis de su enmascaramiento ideológico, tendría hoy que añadir el situacionismo al marxismo, anarquismo, socialdemocracia, leninismo y trotskismo, entre las «ideologías» que sustentan el Espectáculo de la Revolución.

En 1970, Raoul Vaneigem abandonó la I.S. ante su «creciente cantidad de importancia nula». Devorados por el «situacionismo» y su éxito ideológico, los situacionistas han tenido el buen gusto de no arrastrar un cadáver maquillado.

Quizá más que en ningún otro caso, la lectura actual de los situacionistas (que hasta estos dos últimos años no han sido traducidos al castellano) re-

vela un contraste entre la vigencia de su parte crítica y la caducidad de su propuesta positiva. Mientras que su ingenuo **consejismo** se revela obsoleto, dogmático y basado en un voluntarismo que fetichiza al proletariado atribuyendo religiosamente a los obreros reales una mítica «esencia proletaria», conserva su interés la elaboración del concepto de **espectáculo** como desarrollo de la teoría del fetichismo de la mercancía y sobre todo el análisis de la determinación espectacular del **espacio** y el **tiempo**. Pero, sobre todo, la obra situacionista que seguirá seduciendo a generaciones de lectores por lo que en ella hay de expresión viva y desnuda de una sensibilidad subversiva es el «Tratado del saber vivir» de Vaneigem. Escrita con un estilo que provoca y seduce, conciso y brillante, llena de una fuerza que sabe a verdad, constituye un rabioso manifiesto de **apuesta por la vida** en el que todo lo que la niega y sofoca es descrito con lucidez y rabia. Escrito desde la pasión y el deseo más que desde la razón, el «Tratado» es el más acabado intento de **introducir la subjetividad en el universo revolu-**

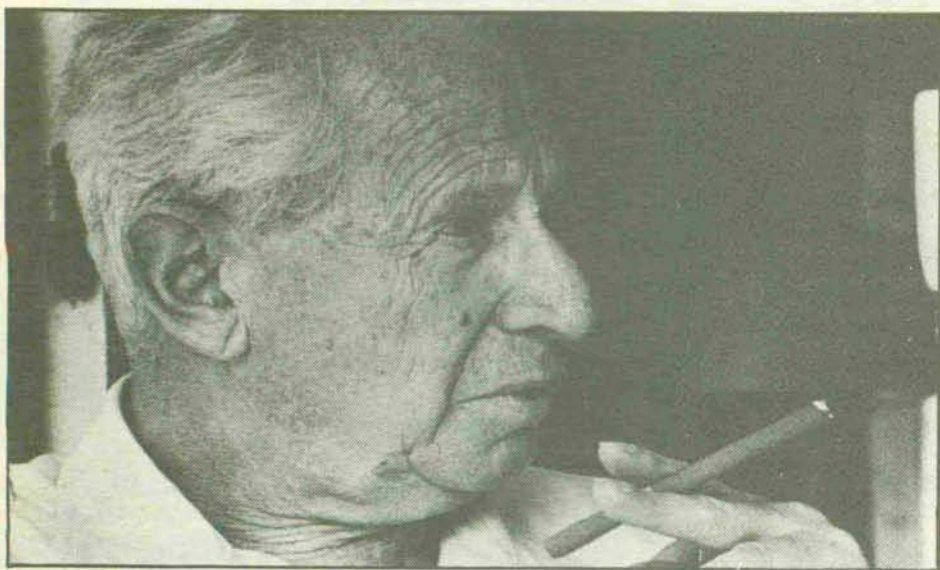
cionario, anclando en el núcleo más íntimo de la misma lo que hasta entonces se apoyaba en la «exigencia objetiva de la historia». Nietzsche, Sade, Rimbaud, Lautreamont, y tantos otros «individualistas pequeño-burgueses» aparecen ahora como privilegiados impulsores de un proyecto revolucionario que, sin embargo, sigue reclamándose del Proletariado y presentando como objetivo fundamental el poder de los Consejos Obreros.

El «componente subjetivo-pasional» y el «componente proletario» que en Vaneigem alcanzan un difícil equilibrio (casi una mera superposición), se disociarán después de Mayo en un izquierdismo consejista o neo-anarquista que sólo conservará de la nueva sensibilidad un barniz epidérmico y agitacional, y en un «subjetivismo pasional» que prescinde ya de toda referencia al proletariado u otra instancia colectiva para anclar en el Deseo la necesidad, la exigencia y la posibilidad de la Revolución.

El fracaso del proyecto unitario situacionista se convierte así en factor de mediación que permite un desplazamiento progresivo del ámbito de referencia del universo revolucionario. En estos diez años, la palabra Revolución va pasando poco a poco de connotar «proletariado», «Partido», etc. a relacionarse con «deseo», «locura», «marginados», «plebe». Pero permanece como axioma intocable la posibilidad y la deseabilidad de la Revolución.

LA REVOLUCION SEXUAL

En este cambio de tercio de la Revolución, no son sólo los situacionistas los que juegan un papel mediador. Aunque con menos radicalidad, es muy similar la función que cum-



A diez años vista, la reflexión sobre la desaparición del proletariado como sujeto revolucionario y la consiguiente conversión de la Revolución en «Gran rechazo» aparece como la principal novedad del pensamiento de Marcuse. (En la foto, Herbert Marcuse, el «Profeta del Movimiento estudiantil» de aquél Mayo del 68).

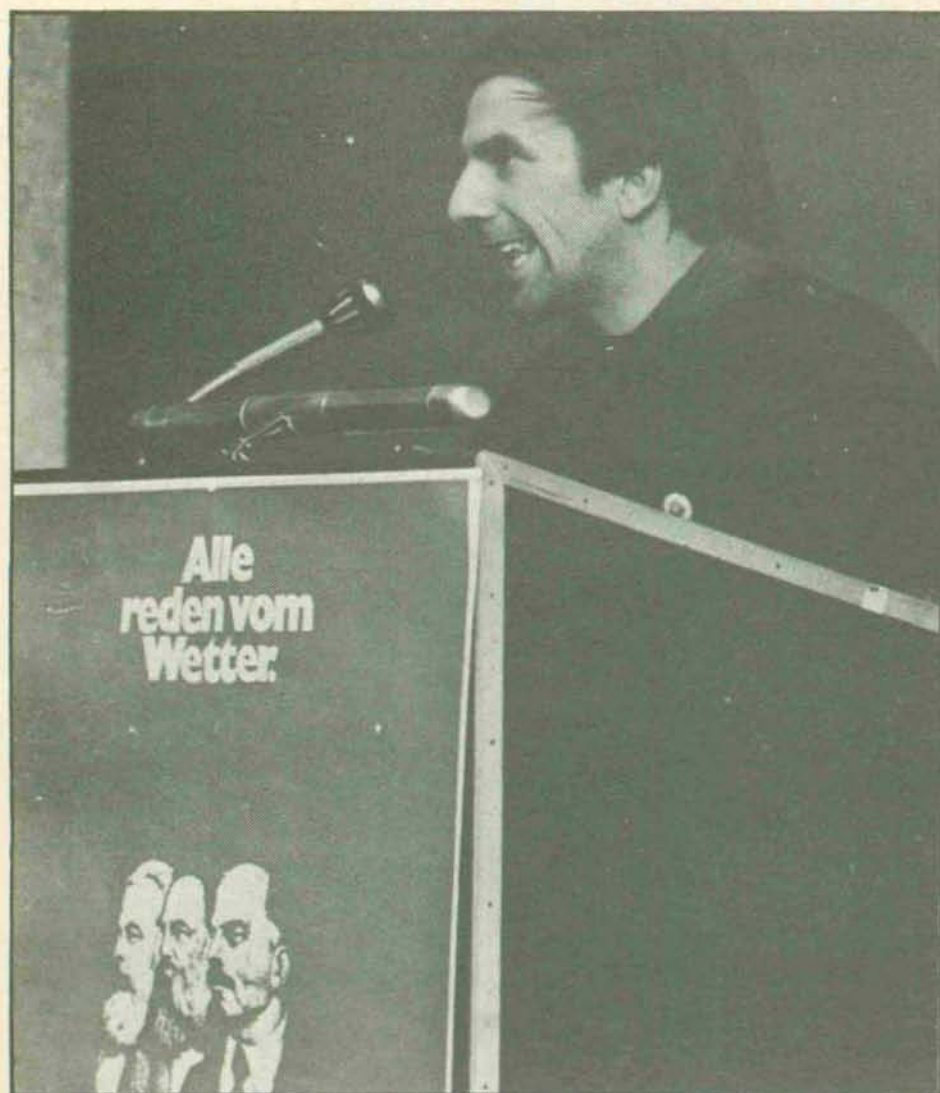


Marcuse ha sido el autor bajo cuyo influjo gran parte de la generación post-Mayo ha vivido la crisis de fe en la concepción «objetivista» de la Revolución, cuyo desenlace más frecuente ha sido una mezcla de nihilismo, escepticismo y confuso anhelo de Liberación. (La Facultad de Medicina de la rue de Saints Péres, durante el Mayo francés de París).

plen Marcuse, Reich y todo el freudo-marxismo. Aunque muy influyente en Rudy Dutschke y el movimiento estudiantil alemán, en Francia y España el apogeo de Marcuse es posterior a Mayo-68. A diez años vista, la reflexión sobre la **desaparición del proletariado como Sujeto revolucionario** y la consiguiente conversión de la Revolución en **Gran Rechazo** aparece como la principal novedad de su pensamiento y el aspecto de su obra de más largo influjo. Lo más interesante históricamente de Marcuse no es lo que más notoriedad le dio (sus análisis en «Eros y Civilización» y «El hombre unidimensional» sobre la sociedad industrial avanzada y su ilimitada capacidad integradora), sino *la filosofía de la historia* que sostiene su obra y que

aparece explícita en «Razón y Revolución»; en pocos autores puede leerse con tal claridad la **fundamentación hegeliana de la teoría de la Revolución**, en pocos se trasluce tan meridianamente el **trasfondo teológico** que la convierte en una escatología. Marcuse termina por situar el problema revolucionario en sus justos términos: como un **problema de fe**, aunque esa fe sea en la Razón y sus astucias, y de **esperanza** (aunque esa esperanza radique en los desesperados). No tiene nada de casual que una gran parte de los radicales alemanes, incluso del grupo Baader-Meinhof, provenga de facultades de Teología. Marcuse ha sido el autor bajo cuyo influjo gran parte de la generación post-Mayo ha vivido la crisis de fe en la concepción «objetivista» de la

Revolución, cuyo desenlace más frecuente ha sido una mezcla de nihilismo, escepticismo y confuso anhelo de Liberación. Muy otro ha sido el papel de W. Reich, el profeta de la Revolución Sexual. Prescindiendo del dudoso interés que presentan el primer Reich (buscador de la imposible e infecunda conciliación de marxismo y psicoanálisis) y el último (entregado a alucinantes investigaciones sobre el orgón), su obra más conocida e influyente, «La Función del Orgasmo», cimiento de la ideología sexual progresista, no ha podido tener más reaccionarios efectos: la pretendida liberación sexual de nuestros días no encierra otra cosa que un cambio en la **ideología** sobre el sexo que deja sustancialmente inalterada la esclavitud del cuerpo a los



Revolución, Liberación, Salvación; nombres todos de la cristiana Redención. Este es el universo que Mayo-68 hizo estallar aunque sólo fuera para dejar paso a su reproducción disfrazada. (En la foto, Rudy Dutschke).

imperativos de la **moral**. Lo único que ha variado es el contenido de las órdenes que constituyen ésta, pero permanece idéntica la estructura del comportamiento sexual como adecuación del discurrir de nuestros instintos a un conjunto de **normas** previamente legisladas, cuyo obligado respeto viene avalado por el inatacable prestigio que le otorga su calificación de **científicas**. Hay una estrecha homología entre los principios que cimentaban la ideología puritana de nuestros padres y los que sostienen el actual progresismo sexual. Para nuestros progenitores, lo que dignificaba el sexo era su sometimiento como medio a los fines de la **reproducción** y lo

que regulaba la gimnástica del coito era una **ética rigurosa** que, presentando a **Dios** como supremo valedor de su obligado cumplimiento, prescribía una **técnica paupérrima** que excluía como ilícitos y perversos aquellos juegos de amor más imaginativos, gozosos y como preñados de jolgorio y estéril bienestar. Pues bien, a pesar del aparente antagonismo de nuestro comportamiento, a pesar de lo fácil, como sin importancia e incluso obligado para todo el que se precie que ha llegado a ser llevarse un mozo o moza al catre, lo cierto es que la imagen estructural de la ideología sexual «progre», su esqueleto formal, es tan igual a aquel que aparentemente

combate que se diría su burdo disfraz **modernizado**.

Sustituid la trilogía **reproducción-ética puritana-Dios** por la trinidad **orgasmo-técnicas sexuales-ciencia**, manteniendo el mismo tipo de relaciones de concatenación y dependencia entre los vértices del nuevo triángulo y obtendréis el campo conceptual y normativo en el que apoyan todas las proposiciones ideológicas de las nuevas tribus de «liberados sexuales»: el **Orgasmo** es el objetivo, la culminación y el acontecimiento otorgador de sentido de la totalidad de los procesos eróticos; **las técnicas sexuales** (uniformes, objetivas y enseñables en los libros, como si cada hombre o mujer concreta fuera un mero ejemplo del universal mapa de las zonas erógenas) determinan el ritual exigido para llegar al anhelado fin; y la triple faz fisiológica, psicológica y sexológica de la desapasionada **ciencia** fundamenta con su frío rigor el carácter objetivo e inexcusable del orgasmo y la probada eficacia de las rutinarias técnicas que lo garantizan. Y así como antes el resultado del montaje era una legión de matrimonios histéricos incrementando mediante un procedimiento tosco y artesanal de producción de «hijos para el Cielo» el número de pobladores de este Infierno, así ahora el desenlace es una monótona combinatoria de obsesos despersonalizados y solitarios persiguiendo neuróticamente con una tecnología sexual sutilizada la inagotable acumulación de míticos orgasmos previamente programados para solaz de la ciencia y tranquilidad del Estado.

La Revolución Sexual no es otra cosa que una Religión del Sexo que tiene en el Coito su Eucaristía y en el Orgasmo el momento de transustancia-

ción del hombre en Dios. Su «prestigio revolucionario» le viene de su presunta oposición al Poder: siendo la burguesía y el capitalismo lo que impiden a los oprimidos llegar al Orgasmo «comm'il faut», su abolición es necesaria para conseguir una Redención que se presenta como felicidad sexual. Así razona el «revolucionario sexual».

Ya Marcuse había hablado de «desublimación represiva», dando cuerpo a la sospecha de que el Poder no reprime sino que fomenta la sexualidad, metiendo en la cabeza de las gentes que el más grande de los placeres, por no decir el único, es el placer sexual. Pero han hecho falta los análisis de Foucault en «La Voluntad de Saber» para que sepamos que el Sexo no existe como tal, que es una **invención** nacida con el ascenso de la burguesía al Poder, largamente gestada y conformada desde los confesonarios barrocos a los divanes sicoanalíticos. Resultado final de un «dispositivo de sexualidad» que no es sino forma histórica contingente de poder sobre los cuerpos, el

Sexo se presenta además como ámbito de la Verdad de lo humano, como fundamento metafísico de la realidad, metamorfosis última de Dios.

Bajo la nueva faz sexual de la Revolución comparece una vez más el ubicuo rostro de Dios.

RETORNO DE NIETZSCHE: CUERPO, DESEO, LOCURA, SILENCIO

Situacionistas, Marcuse, Reich, freudo-marxismo; aunque su difusión y éxito ideológicos son posteriores a Mayo-68 (especialmente en España), su gestación es anterior. Forman parte del conjunto de heterodoxias que la heteropraxis del Mayo francés iluminó con nueva luz haciéndolas aparecer como proféticas.

El primer movimiento con voluntad subversiva que se presenta como «hijo de Mayo» y nacido de la reflexión sobre él, es el formado por las nuevas tribus de «deseantes» seguidores del «Anti-Edipo» deleuziano. En Mayo nació la colaboración entre Deleuze y Guattari; mezcla de museo,

reliquia, tumba y ghetto del Mayo es la Facultad de Vincennes; urgente y actual en el **post-Mayo se reveló el proyecto deleuziano de pensar más allá de Marx y de Freud.** Mas por ello no cabe olvidar que lo esencial del pensamiento de Deleuze se configura antes de Mayo, que ese más allá de Freud y Marx busca lo esencial de su inspiración en Nietzsche y que el movimiento de recuperación y reinterpretación del solitario de Sils-María es también anterior a Mayo. Lo único que quizás aportó el clima ideológico del post-Mayo fue la atmósfera apropiada para que resaltase con toda claridad la enorme **modernidad** y vigencia del pensamiento de Nietzsche. Lo cierto es que durante los años 70 el privilegiado punto de referencia de la nueva sensibilidad subversiva va a ser Nietzsche, el Nietzsche de Klossowski, de Deleuze, de Bataille. Hasta el punto de que en España se llegará a la ineptia de bautizar como **neonietzscheanos** a una heterogénea progenie de pensadores cuyo único rasgo común es



La pretendida liberación sexual de nuestros días no encierra otra cosa que un cambio en la ideología sobre el sexo que deja sustancialmente inalterada la esclavitud del cuerpo a los imperativos de la moral. (Manifestación de estudiantes en París, Mayo del 68).

la voluntad de pensar por su cuenta.

Lo que aquí nos interesa resaltar son los filosofemas más popularizados y «vivididos» de este complejo movimiento ideológico de moda en los últimos años. El rechazo deleuziano de la dialéctica hegeliano-marxista y sus sustitución por una teoría de las diferencias tiene una doble consecuencia: política y «vital». Políticamente, rechazar la dialéctica supone rechazar el fundamento de la lucha de clases. El proletariado sólo se afirma cuando niega a la burguesía, su movimiento es **reactivo**, propio del débil, basado en el **resentimiento** y no en la auto-afirmativa valoración del fuerte. Ya no se trata sólo de la denegación al proletariado de su carácter de sujeto revolucionario, sino de su directa caracterización (en tanto que proletariado «marxista») como reaccionario, como portador de una **política del resentimiento** que no merece el nombre de Revolución. En el plano «vital», la instauración de una **diferencia libre** que escapa al cerrado círculo sistemático y remite el universo de la necesidad a su fondo azaroso, va a traducirse en una rebelión contra la uniformidad, el igualamiento y el gregarismo que preserve la especificidad, la diferencia, el carácter único e irrepetible de cada individuo, cada acto, cada pasión. Sin embargo, un imprudente desprecio a las habilidades de lo Mismo para subsumir e integrar lo Otro, una creencia demasiado ingenua en la facilidad de la diferencia ha convertido con más frecuencia de lo deseable esa rebelión en mera reproducción maquillada de lo que pretendía negar, generando una ortodoxia de la heterodoxia

que no sólo imparte la orden de ser diferente, sino que además estipula las formas aceptables y válidas de dicha diferencia.

Descartado el proletariado, el nuevo e impersonal Sujeto de la Revolución —que va a ser entendida más bien como Liberación— son las «máquinas deseantes», cuyos productivos flujos son sometidos por el capitalismo a una descodificación que por medio del capital abstracto instaure a nivel general la esquizofrenia al tiempo que rechaza y expulsa como «lo otro» que le niega a los esquizofrénicos individuales. La historia deja de ser la historia de la lucha de clases cuyo subsuelo son las diferentes formas de relaciones sociales de producción para convertirse en la sucesión de diferentes formas de codificación de los flujos cualitativos del cuerpo que remiten a la producción de las máquinas deseantes (salvajismo, barbarie, civilización o capitalismo). El Mito del Progreso comparece disfrazado de **Eterno Retorno selectivo**, Repetición que selecciona, que salva, rechazando a la nada del no-retorno lo reactivo y negativo. Creyentes en la omnipotencia del Deseo, la voluntad de creer y la relativa inocencia del Amo, las máquinas deseantes cifran su esperanza en la exacerbación de los flujos pulsionales y su perversa multiformidad transgresora. Sigue presente el horizonte de la Redención.

Una vez más, al llenar el hueco dejado vacante por la muerte de Dios no hacemos sino celebrar su Resurrección. La única diferencia entre los pensadores más lúcidos de la modernidad radica en a **quién o qué** se le concede el privilegio de ocupar la plaza de Dios: la

Razón, el Hombre, el Único, el Proletariado, las Fuerzas Productivas, el Ello, la Libido, el Orgon, las Máquinas Deseantes, la Voluntad de Poder, etc.

En su intento por salir de este círculo infernal, los nuevos intérpretes de Nietzsche recurren a la consideración de la teoría de la Voluntad de Poder y del Eterno Retorno como un **simulacro**, entendido como «artilugio expresivo que sabe que traiciona el impulso de que nace y que revierte esa falsedad en favor y auge de la calidad pasional inexpressable cuyo síntoma es». Dejando aparte que tal concepción no es específica de Nietzsche (recordemos el wittgensteiniano «tirar la escalera después de haber subido» o la verdad parcial, históricamente relativa y socialmente condicionada de la teoría marxista para Korsch), no parece fácil escapar al círculo vicioso en el



La Revolución sexual no es otra cosa que una Religión del Sexo que tiene en el Coito su Eucaristía y en el Orgasmo el momento de transustanciación del hombre en Dios. (Escena parisina durante el Mayo-68).

que sume la sospecha de que esa fuerza o «calidad pasional inexpresable» de la que la voluntad de poder es un simulacro, no sea a su vez sino un simulacro bajo el que late... otro simulacro.

En cuanto a que «lo que deriva de la teoría metafísica es otra teoría, un comentario o refutación de la primera, mientras que lo que el simulacro provoca es un aumento de fuerza», recuerda sospechosamente las cantinelas marxistas sobre la práctica y, como ellas, parece olvidar que «práctica» y «aumento de fuerza» no por ir entrecomilladas o subrayadas, dejan de ser **palabras** (teorías) de cuya virtud mágica para practicar o aumentar la fuerza cabe dudar cuando menos tanto como de la capacidad de la palabra Dios para hacer presente en el alma a Aquel cuya muerte nos ocupa. ¡A ver si después de

todo va a resultar que ese Dios de nuestras desdichas no era, para los más lúcidos de quienes en El creían, otra cosa que un simulacro! Ciertamente, el Dios incognoscible al que ningún nombre puede convenirle, del Pseudo-Dionisio, Escoto Erígena, el maestro Eckhart o Nicolás de Cusa, «tiene como centro un enigma y no es más que el mito fundacional de ese enigma», lo cual es el fondo de todo simulacro. ¿La Voluntad de Poder simulacro del fuerte y Dios simulacro del débil? Pero, ¿quién es el más fuerte? Habría que interrogar al silencio o perderse en los galimatías del «Vence el más fuerte», finalmente reductibles a la tautología «Vence el que vence». Y por ese camino, ¿no sería el más fuerte el Galileo?

Algo similar ocurre con el simulacro del Eterno Retorno de lo Idéntico, cuyo enigma es piedra de toque de la possibili-

dad misma del Superhombre. El intento de recuperar la eternidad para la inmanencia desemboca en un simulacro contradictorio de imposible entendimiento; pues ¿cómo puede repetirse «lo mismo»? ¿cómo hacer compatibles la idea de eternidad con la de retorno (que implica tiempo: un antes y un después)? No cabe duda que la comprensión de este enigma (o mejor dicho su hipotética vivencia) ha de ser **inefable**, como ya permitía adivinar la concepción nietzscheana de la conciencia y el lenguaje conducente a la crucial pregunta de Klossowski: «¿Cómo permanecer lúcido si se destruye el foco de la lucidez, o sea el yo?».

Dialéctica nietzscheana: **el silencio y la locura como síntesis**, «Aufhebung» de la contradicción entre tiempo y eternidad, entre ser y devenir, entre inmanencia y trascen-



dencia, entre el simulacro y la fuerza cuyo ascenso favorece. Si es la distancia, la reflexividad de la conciencia, lo que instaura la trascendencia, su recuperación/anulación será indisociable de la desaparición de la conciencia, de su disolución en la locura o el silencio. Pero si nuestra inmanencia es conciencia, es lenguaje, ¿no será el silencio y la risa nietzscheana una sutil forma de la trascendencia?, ¿no será el superhombre otro de los muchos disfraces de Dios? Si nuestra inmanencia es ruptura, toda recomposición está condenada a su pérdida. Recuperación de lo que fuimos, promesa de lo que seremos, comprensión inefable de lo que somos: rostros todos de la trascendencia, cristianismo al fin.

Este Nietzsche ha contribuido grandemente, junto con la contracultura, la antipsiquiatría y la apología de la droga, al exagerado e imbécil prestigio de que en el clima ideológico post-Mayo gozan **lo inefable y la locura**. Con tanta cháchara sobre el silencio crecen día a día las hordas de Esfinges sin Enigma que confunden la más vulgar y estúpida de las **afasias** con la **ine-**

fable penetración en los oscuros misterios del ser. El empobrecimiento del lenguaje, su reducción a una jerga misérrima hecha de cuatro o cinco palabras-comodín, la complicidad en el vacío, el simple «saber de qué va» sin saber nada concreto, no encubre entre «pasotas» y «drogotas» sino el más mísero de los gregarismos igualitarios: en la noche del silencio y el sobrentendido como axioma todos los gatos son pardos.

De forma similar la indiscriminada valoración actual de la locura ha terminado por meter en un mismo saco dos cosas muy distintas que los griegos distinguían con nitidez: la **manía** (locura en el sentido de inspiración, arrebato, entusiasmo, endiosamiento) y la **moría** (locura como insensatez, necedad), la locura del genio y la locura del necio. Apropiándose de los elogios a un Sade, un Nietzsche o un Raymond Russell, como si fueran dirigidos a algo equiparable a la propia insensatez, y siguiendo la invitación al desmadre como liberación hecha por quienes confunden la subversión con el barullo, son muchos los necios que prodigan con orgullo y

buena conciencia la exhibición de su propia estupidez. Quizá el rasgo más notable del sector más «à la page» de la generación marcada por Mayo-68 y sus secuelas sea la desmesurada mixtificación en que vivimos. ¡Tan presuntamente distintos a quienes nos precedieron y en el fondo tan iguales!

MARXISMO Y GULAG: LOS «NUEVOS FILOSOFOS»

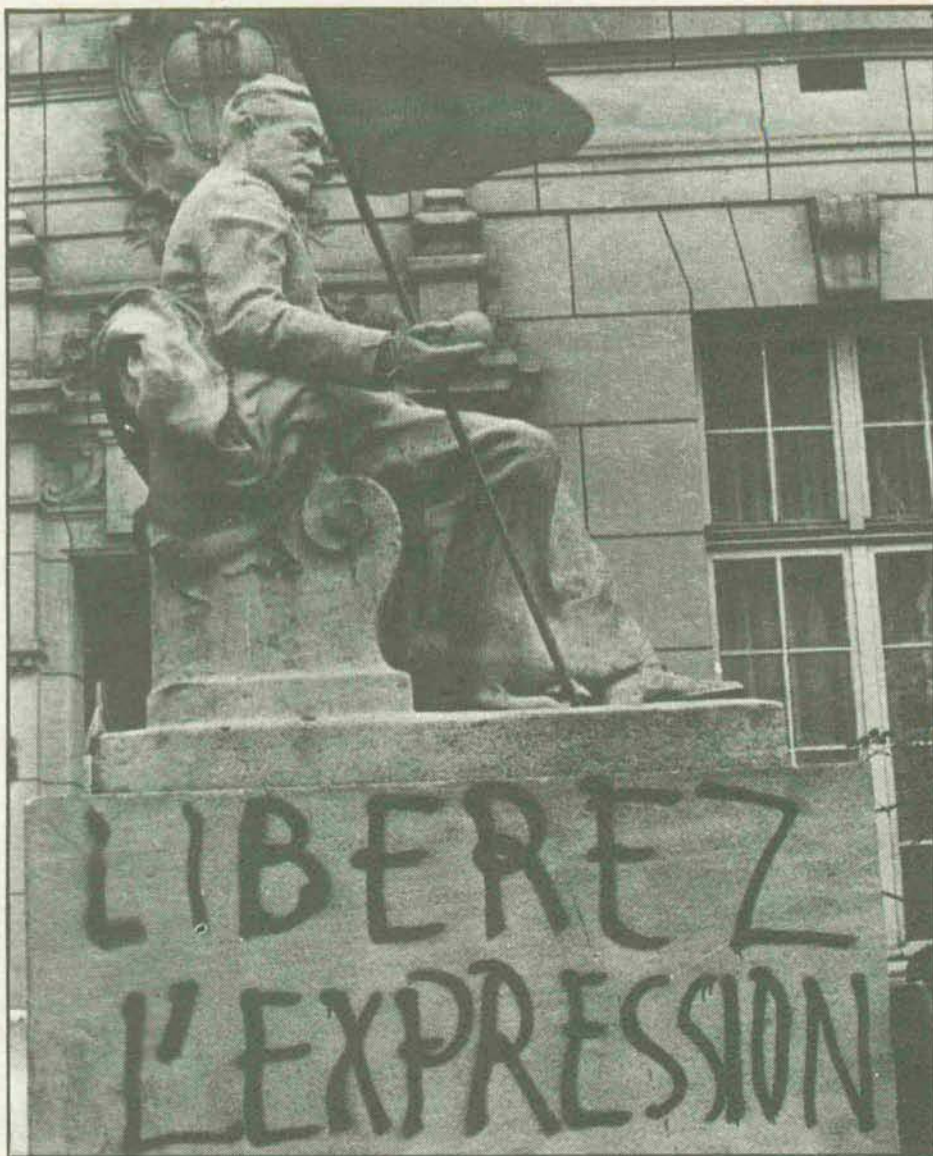
Hemos venido tratando de los movimientos e ideologías que después de Mayo sintieron con claridad la caducidad del Mito de la Revolución en su versión clásica y se esforzaron en consecuencia por encontrar otras apoyaturas a sus ansias de liberación. Pero lo cierto es que para la mayoría de los «creyentes» en Mayo no sólo no ocurrió nada que les obligara a poner en cuestión sus convicciones, sino que incluso tuvieron la desfachatez de verlas plenamente confirmadas por los hechos. Comunistas ortodoxos, maoístas, trotskistas, consejistas, anarquistas; cada cual se fabricó su Mayo y todos concluyeron que corroboraba sus hipótesis y les daba la razón



Lo único que quizás aportó el clima ideológico del post-Mayo fue la atmósfera apropiada para que resaltase con toda claridad la enorme «modernidad» y vigencia del pensamiento de Nietzsche. (El «Odeón» ocupado durante el «Mayo Francés»).

frente a los otros «revisionistas», «traidores», «izquierdistas», «utópicos», etc. Para las diversas variantes de la teoría clásica de la Revolución los hechos sólo figuran a título de ejemplos y es inagotable la producción de hipótesis «ad hoc» destinadas a salvar el dogma. El cardenal Belarmino era un espíritu autocrítico al lado de los teóricos revolucionarios oficiales. Tampoco el desastroso final del movimiento tenía por qué plantear problemas a una teoría que practica la curiosa forma de inducción consistente en concluir de la sucesión de fracasos la posibilidad del éxito.

No puede hablarse de crisis del marxismo tras Mayo del 68; únicamente de un cierto «aggiornamento» cuyo más claro síntoma es ese Vaticano II de la Iglesia Comunista que es el eurocomunismo. La crisis mística del marxismo que representó la alucinante aventura del maoísmo francés hubiera pasado desapercibida de no haber aportado un buen número de los llamados «nuevos filósofos» y el eco alcanzado por las teorizaciones de Bettelheim sobre la restauración del capitalismo en la U.R.S.S. produciría risa si no fuera dramático que pueda aparecer como novedad teórica el abordaje dogmático y mixtificador de un problema que está ahí, dramáticamente presente, **desde hace 60 años**. Quienes hablan de crisis actual del marxismo, entendiendo por tal el estallido de sus incoherencias teóricas y la patentización de su inadecuación para pensar el presente, olvidan que ésa ha sido una constante durante al menos todo este siglo sin que ello impida a los Partidos marxistas caminar en la práctica de éxito en éxito. Religión de nuestro tiempo, heredera de toda la tradición asimiladora,



Quizá el rasgo más notable del sector más «a la page» de la generación marcada por Mayo-68 y sus secuelas sea la desmesurada mixtificación en que vivimos. ¡Tan presuntamente distintos a quienes nos precedieron y en el fondo tan iguales! (La estatua de Pasteur, «comprometida» en el Mayo Francés).

contemporizadora y sincrética del cristianismo, el marxismo —como el capitalismo, a cuya final salvación está históricamente destinado— se alimenta de sus crisis. Sólo algunos intelectuales y profesores, inconscientes del nulo papel que juegan en sus partidos, pueden confundir su propia crisis de fe con una crisis general del marxismo.

Es por ello quizá que los «nuevos filósofos» no se conforman con prescindir del marxismo, criticarlo parcialmente o rectificarlo como en general habían hecho los nuevos teóricos de la subversión después de Mayo, sino que lo convierten en **blanco directo de sus ata-**

ques. Este anti-marxismo no sería novedad ni tan siquiera por el hecho de provenir de antiguos militantes (no es escaso el número de «renegados» reducidos al silencio); el extraordinario eco que ha encontrado a pesar de su fragilidad teórica y el relativo interés de sus análisis y propuestas revela no sólo un hábil lanzamiento publicitario, sino sobre todo la **necesidad colectiva de proclamar en voz alta una serie de obviedades silenciadas** por el temor a ser anatematizado de derechista. Sólo una intoxicación ideológica de graves proporciones impedía sentir el **escándalo ético** que supone proponer



El marxismo —como el capitalismo, a cuya final salvación está históricamente destinado— se alimenta de su crisis. Sólo algunos intelectuales y profesores, inconscientes del nulo papel que juegan en sus partidos, pueden confundir su propia crisis de fe con una crisis general del marxismo. (El «Che», también presente en el Mayo Francés).

como futuro de la humanidad (y luchar por él) un sistema cuya edificación había costado 66 millones de muertos «por causas desconocidas» entre 1917 y 1959. El marxismo teórico del clima revolucionario post-Mayo permitió a los «nuevos filósofos» reflexionar sin hipotecas ideológicas sobre el Gulag; el resultado de esta interrogación es lo que les diferencia de los pensadores radicales que les preceden (a excepción de Foucault), pues lo que ahora se pone en cuestión es la **posibilidad y la deseabilidad misma de la Revolución**. Ya no se trata de repensar o reformular la Revolución o la

Liberación, sino de atenerse-las con la idea misma de **Redención** que les subyace.

Eso es lo único que los «nuevos filósofos» tienen en común; a partir de ahí su comunidad de pensamiento es tanta como la registrable a lo largo de toda la historia de la filosofía, pues lo que los «nuevos filósofos» hacen no es sino volver los ojos hacia la «vieja filosofía», hacia la filosofía sin más: Benoist busca inspiración en Heráclito y Leibniz; Dollé intenta seguir los «holzwege» de Heidegger; Guérin celebra a Nietzsche; Jambet relee a Platón; Lardreau a los gnósticos; B. H. Lévy a Rousseau; Glücks-

mann desmonta a Fichte y todo el pensamiento alemán posterior, etcétera.

Más cercanos a los clásicos, tres hombres tienen una abrumadora presencia en los «nuevos filósofos» hasta el punto de que el influjo predominante de uno u otro introduce cruciales diferencias en la concepción del poder y, correlativamente, en la creencia o no en la posibilidad misma de la **Rebelión**: Clavel, Lacan, Foucault.

No tiene nada de casual que la discusión radical del problema desemboque en una cuestión teológica: **¿es o no el Señor Omnipotente?** Lardreau y Jambet, bajo el influjo del cristiano insumiso Clavel, y siguiendo el ejemplo de Sócrates, cuyo «daimon» le impulsaba a la interrogación perpetua, se sienten empujados a la apuesta satánica de un «angelismo ateo» contra las pretensiones de omnipotencia del Señor. Tal apuesta es una apuesta contra Lacan, inspirador de los más pesimistas entre los «nuevos filósofos», que fundamentan en la lectura lacaniana de Hegel una imagen del Poder como constituyente del sujeto, de la lengua, de lo real, del deseo, etc. haciendo desaparecer, por tanto, toda posible instancia en la que apoyar la resistencia y la oposición. Ello hará decir a J. P. Dollé que «el rebelde es un Tartufo» y a B. H. Lévy que **el Estado «como el Dios de los teólogos es creador no creado, demiurgo no obrado, sostenido en la pura contingencia de su misterioso advenimiento», de donde se deriva que «el Poder es una fatalidad que pliega la Historia a su ley, la vida es una causa perdida y la felicidad una vieja idea».** Revolución, Liberación, Redención, los viejos ídolos de Mayo caen hechos pedazos. Quizá con un exceso de certidumbre y melodramatización

fruto de la impresión que hace descubrir la desesperación por vez primera. Sólo cuando se la tiene como inseparable compañera cae uno en la cuenta del optimismo que conlleva el tratarla con excesiva complacencia. Pues la seguridad siempre tranquiliza, aun la más negra. Y en verdad, ni tan siquiera de que estamos condenados podemos estar seguros, ni tan siquiera de que el Señor es Omnipotente podemos estar ciertos. Bien se encargó El, previsor como es, de añadir la libertad a la predestinación en una imposible mezcla que atiza el dolor de la desesperación con la angustia de la duda. El más sutil tormento de los condenados consiste en abrigar entre las ternas llamas del infierno la impotente esperanza de salvarse.

**FOUCAULT
Y GLUCKSMANN:
LA PLEBE Y LA
APUESTA POR LA VIDA**

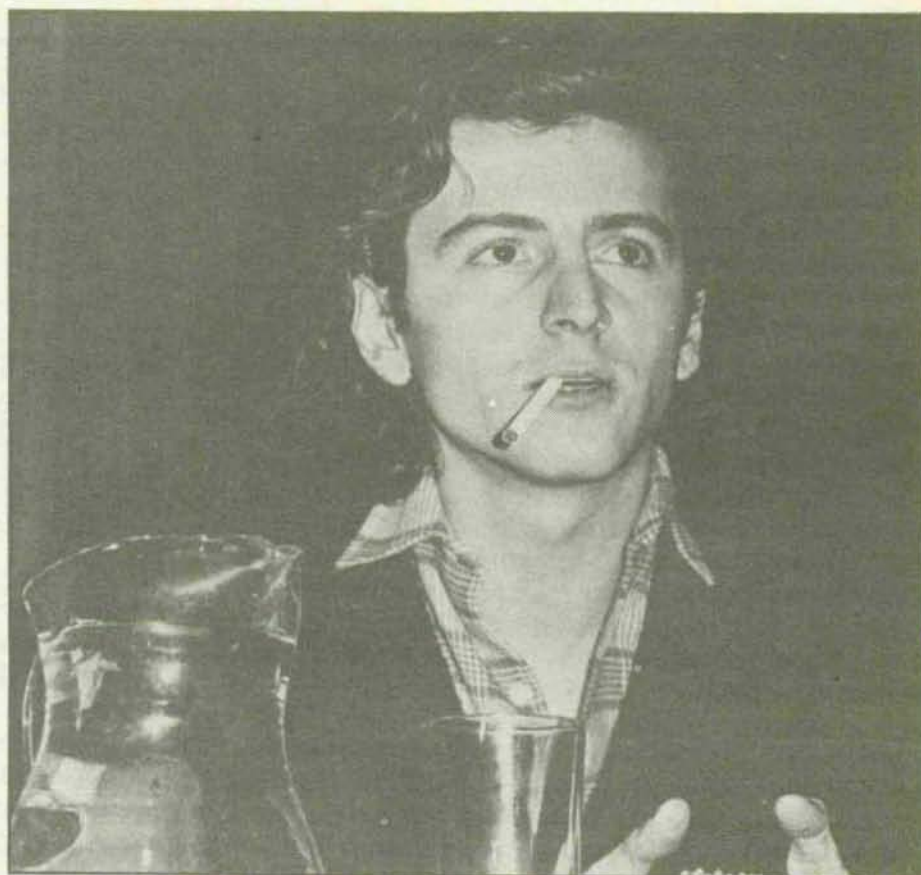
Muy otra es la posición de Glucksmann, continuador de los desmitificadores análisis de Foucault (probablemente el pensador más influyente del post-Mayo y el impulsor con sus análisis sobre la locura y el encierro de las nuevas formas de lucha en manicomios y prisiones). Si «La cocinera y el devorador de hombres» puede ser considerado una continuación de la «Historia de la locura» foucaultiana (el análisis del Gulag como resultado de la occidentalización de Rusia con la consiguiente exportación del invento del **encierro**), «Los Amos Pensadores» es en gran medida una aplicación del «método arqueológico» al estudio del Mito de la Revolución: ¿por qué camino la filosofía alemana ha podido hacer de la Revolución la promesa de un verdadero, de un buen Estado, y del Estado la forma serena y

cumplida de la Revolución? Así como la Razón de Estado marxista definía con los campos de concentración un ámbito de lo excluido asignado a la plebe, una plebe que para Glucksmann no es Tartufo ni es muda, sino que «habla, piensa, resiste y no sólo los días de fiesta revolucionaria», así también el saber acerca de la Revolución-Estado que compromete a toda la filosofía alemana, desde Fichte hasta Nietzsche, pasando por Hegel y Marx, debió conjurar cuatro enemigos: el **judío**, imagen del vagabundo, del interés privado, de lo que escapa al Estado; **Panurgo**, el dudoso que siempre pregunta y nunca se decide, turbando con su indefinición la felicidad utópica de la abadía de Theleme, basada en la obligación de ser libre; **Sócrates**, que no sabía nada y en lugar de deducir de ello que «otros saben» concluía que

«sólo sé que no sé nada»; finalmente, **Bardamu**, el desertor.

Frente al Estado-Revolución y su Razón, la **plebe**, el desertor, el ignorante, el indiferente, el vagabundo. Sin otro fin que **resistir** y sin más teoría que el sucinto lema legado por los supervivientes del Gulag: «El perro-lobo tiene razón y el caníbal se equivoca». ¿Por qué resistir?, ¿en nombre de qué? Para Foucault, la resistencia no puede basarse en la nostalgia de unos hipotéticos derechos perdidos, ni en la esperanza de una futura edad de oro, ni tan siquiera en el sueño milenarista del ciclo de los tiempos. Deriva simplemente de una **apuesta por la vida**, por «esas necesidades fundamentales, por esa esencia concreta del hombre, por ese cumplimiento de sus virtualidades, por la plenitud de lo posible»

■ J. A.



El extraordinario eco que ha encontrado a pesar de su fragilidad teórica y el relativo interés de sus análisis y propuestas revela no sólo un hábil lanzamiento publicitario, sino sobre todo la necesidad colectiva de proclamar en voz alta una serie de obviedades silenciadas por el temor a ser anatematizado de derechista. (En la foto, el «joven filósofo» B. H. Lévy, durante su reciente estancia en Madrid).